

# C A R A Y Por IGNACIO AGUSTI C R U Z

## frío o calor sin más

**Y**A no podremos decir en adelante que España sea un país poco preparado contra el frío. El que acabamos de pasar en esos meses del invierno, ha superado todas las previsiones. La nieve y las heladas que han azotado la superficie de la Península han habituado el temperamento de los españoles a la grave circunstancia gélida. En otras latitudes, al frío se le ve venir de antemano, se le espera con resignación y hasta se le desafía. En España la oleada nos ha cogido desprevenidos y aún tiritamos, no solamente por la baja temperatura, sino por la sorpresa que ella nos ha causado. No tenemos contra el frío más equipos que aquellas piezas de lana olvidadas en el armario, algunas de las cuales pertenecen ya a nuestra prehistoria personal. Ha sido preciso improvisarnos un atuendo de piezas íntimas rescatadas apresuradamente en los almacenes y en los comercios, que con ello han hecho —valga el sarcasmo— su agosto.

Recordamos con verdadero pasmo que hace sólo cuatro meses no podíamos aguantar el calor; y nos parece juzgar, por lo ocurrido este año, que en estos últimos tiempos los veranos son cada vez más cálidos y los inviernos cada vez más fríos. Ello equivaldría, de algún modo, a la desaparición de las dos estaciones más suculentas y benignas, más dulces del calendario: el otoño y la primavera. Nos vamos adecuando de manera perentoria a las exigencias de la leyenda que de nosotros tienen trazada los que no nos conocen o nos conocen mal: sol y sombra, frío y calor, sin zonas intermedias. ¡Adiós, pues, la poesía encantadora de los climas benignos, adiós —por un lado— caída de la hoja, vaivén romántico, melancólica y dorada significación! ¡Y adiós también al estallido de las primeras rosas, de los pimpantes claveles, al asomo en las tapias de los jardines de los botones de la flor, a la belleza sutil e incitante de un contraluz de libélulas sobre los parterres y las acequias sonoras! Frío y calor a secas, agobiantes e irresistibles; tal será tal vez, en adelante, nuestro sino colectivo y también el panorama de nuestras íntimas soledades.

Se dice —no sabemos con qué fundamento científico— que la distonía climatológica que está haciéndonos pasar tan amargas horas de invierno como de verano, es consecuencia de los experimentos que están realizando los hombres de ciencia muy por encima de nuestras cabezas y hasta muy por encima de las suyas ilustres. Nosotros no podemos precisar con autoridad la razón que tengan quienes atribuyen a manojos científicos el descalabro que está sufriendo la climatología. Pero no cabe duda que, de algún modo, los que no entendemos una palabra de física nuclear, debemos, sin más, considerar excepcionales, y por tanto sospechosos, los acontecimientos atmosféricos que campean hoy en la superficie del planeta. Si los logarítmicos buceadores del Cosmos fueran efectivamente causantes del desequilibrio y provocadores de la brusca alteración de las temperaturas, deberíamos someterles a un inmediato ajuste de cuentas y cargar en las suyas, por de pronto, la factura del médico y del farmacéutico, la de las prendas de abrigo suplementarias e incluso la del aumento en la prima de nuestra póliza de seguros. Mas esos graves y olímpicos sujetos

acostumbran a disimularse en el secreto de los laboratorios y el anonimato de las cifras algebraicas. A la hora de buscar responsables a quienes podamos imputar nada menos que la supresión de la primavera, nos encontramos a unos seres apócrifos, enfundados en una bata blanca y que esgrimen tubos de ensayo, los cuales fueron por lo visto hasta ahora incapaces de haber olido, aun a distancia, el perfume de una flor.

Esos paladines de la física nuclear, que actúan en los laboratorios y que perforan el Cosmos, en teoría, sobre una cuartilla que llenan de cifras cabalísticas, son, con todos los respetos, verdaderamente la solapada infantería o la trastienda humana de eso que por alguna razón se llamaba, y se sigue llamando, la

## recuerdo hanseático

Cada hombre tiene sus propios fríos. Yo podría enumerar una gama de fríos personales que por sí mismos me autorizarían a hablar de esta materia de una manera peculiar; quiere decir que puedo referirme a ello no con el son fantástico e irreal de la literatura, sino con el otro diáspasis, profundo, del color y del laceramiento. Sin ánimo de dramatizar, el recuerdo íntimo de algunos de mis fríos me ayuda ahora, ante los leños encendidos de mi casa, a considerar la vida como un palafón de claroscuros y de acontecimientos dispersos, como una baraja múltiple de cartas favorables y de otras rachas de increíble desventura. A todo ello hace frente el ánimo del hombre, que para eso es un andamiaje resistente a los vientos y hasta a las heladas.

Mi recuerdo de los fríos se refiere hoy especialmente a la horrenda temperatura de la ciudad de Hamburgo en los meses de enero y de febrero del año 1937. El puerto hanseático es el más gris y turbulento de todos los espacios marítimos del mundo. Es un puerto que se mete en la ciudad, que es todo él una bocacalle innumerable, cruzada por los cargos de tonelaje mediano, por las gasolineras que tizan de carbón y sofocan con hedoros de petróleo las encrucijadas y los tugurios. El mar de la ciudad de Hamburgo tiene luego otra vertiente, que es una vertiente cruzada en primavera por valandros y por el pausado vuelo de las gaviotas. Pero de aquella ocasión no queda en mi memoria más que el tránsito lento de las grandes barcazas que hendían en las aguas heladas y que se abrían paso entre la niebla con un lúgubre pitido.

Toda la ciudad parecía para mí teñida por el detestable hollín de la incertidumbre. Yo me disponía a cruzar el mar, de Hamburgo a Lisboa, para ganar la España militante; y en la espera, yo transitaba por las calles del puerto, que un viento helado convertía en un órgano de mil flautas sonoras, de modulaciones horribles.

Al atardecer, los tugurios del viejo puerto se tornaban fantasmagoría; docenas de bultos, de perfiles inominados, masculinos y femeninos, se apiñaban en los mostradores en los que se servían la cerveza, el café y el *schmups*. El aliento de los seres humanos, a quinientos grados bajo cero, y en la soledad, es como un incensario confuso y lejano que sale de los labios

guerra fría. Ya sabemos que una guerra nuclear acabaría suprimiendo toda clase de vida en el planeta; un par de bombas de Hidrógeno bastarían para eliminar todo signo de vida en extensas zonas de la corteza terrestre. Como resulta muy difícil decidirse a pulsar el botón que a todos nos destruya de un golpe, los experimentadores van realizando por sutiles etapas el enfriamiento o el recalentamiento del planeta. Seguramente, y sin querer, se les habrá escapado de la tabla logarítmica o de la regla de cálculo alguna cifra malévolamente o algún trasto saltarín, que rueda ahora por el mundo rebajando las temperaturas lo suficiente para que todos nos metamos hasta las orejas en las solapas del abrigo.

que no se abren, y que no quema precisamente en honor de uno mismo. Ahora nos damos perfecta cuenta del sentido que adquiere la amistad humana, o el simple conocimiento de los seres de nuestro derredor, o aun sencillamente la capacidad que logramos en nuestro propio país de comunicarnos cuando queremos y de obtener humana respuesta. Pero allí, esas gentes quedaban increíblemente distantes, inexorablemente alejadas; sólo al atardecer, o ya anochecido, podíamos acercarnos nuevamente a ese dispensario físico —que no moral— que constituía, en un arrabal, un hospedaje con techo y una taza de té, y unas rebanadas de pan moreno con manteca.

Mas lo que daba frío no era únicamente la bajísima temperatura en la que no cabía rebozo alguno, sino que en el tugurio en que nos albergábamos, una docena de otros muchachos compartía con nosotros un aula en la que unos cuantos camareros nos permitirían dormir hasta la mañana siguiente. No era el silbo del viento, huracanado por la hendidura de un cristal sin reparar, lo que nos tendría toda la noche en vigilia, sino el horror de las frases y de los relatos que habíamos escuchado mientras devorábamos el escaso condumio.

En el silbo de aquel viento gélido de Hamburgo, tuvimos la premonición de todo lo que no tardaría en ocurrir. Los muchachos, mis ocasionales y desconocidos compañeros de hospicio, provenían de los más dispersos lugares de Europa; unos habían realizado ciertas gestas en la región de los sudestes; otros venían de Yugoslavia; alguno contaba ciertas hazañas de bandería agresiva realizadas en el propio territorio alemán. No me incumbía entonces juzgar sobre la calidad de sus impulsos; pero yo no pude escuchar aquellas palabras sin un estremecimiento que no habría de dejarme hasta el fin de la guerra universal. El gigantesco motín europeo se fraguaba en términos de lucha que yo podía, en aquella circunstancia, sólo presumir por detalles mínimos, dado mi escaso conocimiento de la lengua alemana, pero de los que advertía ya la iracundia y la incoherencia; todo ello, a través de palabras dichas por gente de mi edad, por muchachos de veinte años, quemados ya en la terrible antorcha.

Luego pasé otros fríos, muchos más; pero el frío hanseático de aquella ocasión lo llevo aún —según creo— en los huesos.